

Gobiernos socialdemócratas de Chile y Uruguay

¿Una izquierda reformista por elección u obligación?

Lucas Spósito

Estudiante de Ciencia Política

✉ spositolucas@hotmail.com

■ Introducción

Con la llegada del nuevo Siglo, América Latina vivió un giro a la izquierda en los gobiernos de la región que representó la crisis de las ideas neoliberales hasta entonces imperantes surgidas a partir del Consenso de Washington (Paramio, 2006). Así, se abrió un ciclo político común en países como Chile, Argentina, Venezuela, Brasil, Uruguay, Ecuador y Bolivia, que pasaron a ser liderados por personajes que plantearon -con sus matices- un retorno a la idea de un Estado más presente en el aspecto social y económico.

Más allá de que cada uno de estos países tuvo un desarrollo particular de sus reformas, algo que tiene que ver con sus coyunturas propias (Ramírez Gallegos, 2006), es posible identificar dos tipos de izquierdas muy diferentes entre sí. Por un lado, existe una izquierda de corte “populista” (Paramio, 2006; Alegre, 2010) que rechaza las reformas del mercado y postula un quiebre con el pasado, adopta una posición radicalizada en el plano internacional y aboga por políticas estatistas y nacionalistas directamente enfrentadas con las élites empresariales. Esta izquierda está presente en países como Venezuela, Ecuador y Bolivia, que sufrieron una grave crisis institucional previa a la llegada de los gobiernos de Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales, respectivamente, quienes se apoyaron en las clase relegadas para denunciar a las élites políticas y al conjunto de los partidos tradicionales.

La otra izquierda, de perfil “socialdemócrata” (Alegre, 2010), surgió, en cambio, en países con sistemas de partidos fuertemente institucionalizados, como Uruguay y Chile, o que han mejorado sus niveles de institucionalización en los últimos años, como es el caso de Brasil. Aquí, los gobiernos actúan corrigiendo los efectos negativos de una lógica de mercado aceptada como válida, sobre todo a partir de reformas en las políticas sociales. En otras palabras, puede decirse que asumen las reglas de juego planteadas por el régimen democrático y la economía capitalista, moviéndose en el marco de las restricciones que ambos generan (Antía, 2010).

Este trabajo centra su atención en este segundo tipo de izquierda. A partir del estudio de los casos de Chile y Uruguay, se intenta identificar las principales variables que llevaron a los gobiernos de Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010) en Chile y de Tabaré Vázquez (2005-2010) en Uruguay a adoptar un estilo moderado y cuál fue el verdadero margen de acción que tuvieron. En un primer apartado se exponen las principales

variables exógenas, es decir, los legados históricos de ambos países, sus sistemas de partidos y sistemas electorales, y los clivajes sobre los cuales se articula la competencia electoral.

El segundo apartado se ocupa de las variables endógenas, las que surgen desde el interior de los partidos gobernantes. Para ello, es indispensable realizar un recorrido histórico tanto del Frente Amplio como de la Concertación, destacando sus principales características y el hecho de que no se trata de dos coaliciones homogéneas, sino que existen dentro de cada una divergencias que se expresan a la hora de llevar a cabo las políticas de gobierno.

Por último, se examina el nuevo lugar de las ideologías extremas en los sistemas políticos actuales de ambos países tomando como ejemplos las transformaciones sufridas por el Partido Socialista chileno y el Partido Comunista uruguayo, dos partidos situados sensiblemente a la izquierda de sus espectros ideológicos nacionales en los setenta y que formaron parte de las coaliciones de gobierno analizadas.

■ Factores exógenos: dictaduras militares, reformas constitucionales y sistemas de partidos

En 1973, dos golpes de Estado acabaron con las hasta entonces inmaculadas democracias uruguaya y chilena. Una polarización política, mucho más marcada en el caso chileno, azotaba a los dos países y las Fuerzas Armadas optaron por tomar el poder para poner fin a una situación que consideraban caótica por la cual culpaban sobre todo a los partidos políticos. La censura, la persecución y las prohibiciones al juego político estuvieron, entonces, a la orden del día en ambos regímenes autoritarios, aunque se efectuó de manera mucho más marcada en la dictadura trasandina, donde la manifiesta ingobernabilidad pre-golpe terminó por generar apoyo y legitimación de gran parte de la sociedad hacia los golpistas, liderados por Augusto Pinochet.

Mientras la dictadura uruguaya fue vivida como un “paréntesis autoritario”, el régimen de Pinochet fue en pos de una “refundación nacional” (Alcántara Sáez, Luna, 2004), con fuertes implicaciones en la matriz política, económica y social del país. En el aspecto económico, se inició en Chile un proceso neoliberal de reforma de mercado que cambió estructuralmente su modelo de desarrollo. Se propulsó la apertura comercial indiscriminada, la liberalización del mercado financiero y el recorte del rol y del tamaño del Estado. Sumado a ello, se introdujeron la flexibilización laboral y la supresión de los derechos sindicales, como así también una reforma tributaria regresiva (Antía, 2010). En lo político, se intentó terminar con el sistema de partidos previo a 1973 a través del uso de la violencia estatal, el desmantelamiento de las instituciones democráticas y la extensión de las relaciones de mercado en lo social (Tironi, 1997).

En Uruguay, en cambio, las modificaciones al modelo de desarrollo fueron muy escasas, más allá de que hubo una liberalización y una apertura financiera y, en menor medida, una apertura comercial (Antía, 2010).

El distinto calado que tuvieron en cada caso las dictaduras generó dos tipos de “transiciones pactadas” muy disímiles (Alcántara Sáez, Luna, 2004). La vuelta a la democracia en Uruguay en 1985 se dio bajo las normas de la Constitución de 1966 y las restricciones impuestas por las FF.AA. se limitaron a algunas proscripciones de candidatos para las primeras elecciones. En Chile sucedió todo lo contrario: el gobierno dictatorial no sólo culminó su etapa con una fuerte adhesión en parte de la sociedad, sino que también pudo mantener tras su salida en 1990 la vigencia de la Constitución redactada en 1980 que introdujo, entre otras cosas, un sistema electoral binominal y diferentes “enclaves autoritarios” que incluían la presencia de representantes de las fuerzas en el Parlamento.

Pese a que el régimen pinochetista no pudo acabar con el sistema de partidos -en 1990 reaparecieron los mismos de 1973- se creó un nuevo paisaje político (Tironi, 1997), ya que estos partidos sufrieron una fuerte desideologización, hubo un consenso sobre el modelo económico y comenzaron a articularse en torno al clivaje autoritarismo/democracia que separaba a quienes condenaban el accionar de la dictadura de quienes la apoyaban. Así las cosas, los diferentes partidos se agruparon en dos coaliciones que se formaron a partir del plebiscito de 1988 que marcó el fin de la dictadura. La coalición del No (por la no continuidad del régimen) devino en la Concertación de Partidos por la Democracia –conformada entre otros por los democristianos, los socialistas, el Partido Por la Democracia y el Partido Radical Social Demócrata-; el grupo de centro-izquierda; los del Sí formaron la Alianza por Chile –integrada por la Unión Democrática Independiente y por Renovación Nacional-, el espacio de centro-derecha.

Tras la experiencia dictatorial, Chile pasó de tener -en términos de Sartori- un sistema político multipolar y centrífugo con pluralismo polarizado a un sistema bipolar carente de centro, donde los pivotes del sistema son dos polos y cuya dinámica es centrípeta, con un pluralismo moderado (Tironi, 1997).

En el Uruguay post-dictadura se confirmó el cambio de su tradicional sistema bipartidario entre el Partido Nacional y el Partido Colorado por un multipartidismo moderado que había aparecido con el nacimiento del Frente Amplio en 1971. Aunque el clivaje autoritarismo/democracia nunca tuvo real importancia electoralmente en el país, fue la discusión en términos del modelo de desarrollo, especialmente a partir de las tensiones generadas por la aplicación de las fórmulas neoliberales en el país, lo que articuló al sistema político en torno a dos bloques ideológicos, integrados por el Frente Amplio, por un lado, y los partidos tradicionales por el otro en un escenario de multipartidismo bipolar (Lanzaro, 2000). Podría decirse, entonces, que el clivaje principal aquí fue el de Estado/mercado, aunque no derivó en una gran distancia ideológica entre los bloques.

Esta conformación de dos bloques se vio fuertemente impulsada por los efectos de la Reforma Constitucional de 1996, en la cual a partir de un arreglo entre Nacionales y Colorados se estipularon cambios en un sistema electoral que empezaba a traer problemas de gobernabilidad. Cabe aclarar, empero, que esta modificación del régimen electoral uruguayo fue pensada, al igual que en el caso chileno, como una forma de dificultar el acceso de la izquierda al poder. Entre los principales cambios, se encuentran el establecimiento de la candidatura presidencial única por partido, el *ballotage*, las elecciones internas simultáneas y obligatorias, y la separación de elecciones nacionales y departamentales (Mieres, 1999).

La reforma de 1996 intensificó los efectos de la moderación ideológica y la competencia centrípeta uruguayo, sobre todo a partir de la candidatura única, el *ballotage* y la mantención del criterio de proporcionalidad parlamentaria, lo que genera que se prioricen los candidatos que logren una identificación con la mayor cantidad de electores posible, quienes están, en el caso uruguayo, en el centro del espectro ideológico (Mieres, 1999).

Un efecto similar se da en Chile, donde el hecho de que exista un consenso sobre el rumbo económico a seguir y un sistema binominal que elimina todo tipo de tercera opción, produce un equilibrio de fuerza electoral tan notorio entre ambos bloques –alrededor del 40% cada uno- que hace que la competencia se concentre en el electorado indeciso ubicado en el centro. Esa competencia está, además, referida más a “*issues* institucionales” (Alegre, 2010) que a orientaciones ideológicas o a diferencias programáticas en los partidos.

■ Factores endógenos: ¿un Frente Amplio demasiado amplio y una Concertación no muy concertada?

A pesar de las trabas estructurales impuestas a las izquierdas en Chile y en Uruguay, lo cierto es que tanto Michel Bachelet como Tabaré Vázquez obtuvieron las mayorías absolutas en sus respectivos Parlamentos al ser electos presidentes¹. Sin embargo, esto no se tradujo en una “vía libre” para el accionar presidencial, ya que en ninguno de los dos países se dio un apoyo automático de las bancadas oficialistas a los proyectos de gobierno. En efecto, tanto la Concertación como el Frente Amplio son coaliciones que muestran una gran heterogeneidad en sus componentes que se explica desde el análisis de las coyunturas en las cuales surgieron y se movieron a través de los años.

La Concertación nació en Chile, como se dijo anteriormente, en un principio con el simple objetivo de aglutinar a todos los partidos políticos que estaban en contra de la continuidad pinochetista en torno al plebiscito de 1988. La ausencia de alternativas llevó a estos partidos a

¹ La Concertación tuvo, también, el control de la Cámara Baja chilena durante la presidencia de Ricardo Lagos, pero la presencia por entonces de “senadores institucionales” impuestos por la dictadura en las negociaciones para la transición democrática –que solían compartir votos con el ala derecha del Parlamento- lo privó de tener mayoría también en la Cámara Alta. Estos senadores institucionales fueron finalmente eliminados por la reforma constitucional de 2005.

aceptar las condiciones impuestas por el régimen dictatorial y participar en un plebiscito que, en definitiva, legitimaba la Constitución antidemocrática de 1980 (Tironi, 2005). Para sorpresa de muchos, esta Concertación por el No se impuso y, de esta manera, forzó el inicio de la transición democrática chilena, la cual empero se llevó a cabo en el marco de una dictadura militar con un muy fuerte poder de presión. Bajo esas circunstancias, la Concertación adoptó la postura de no criticar el modelo económico para no generar incertidumbre en la sociedad y, sobre todo, ganarse la confianza del empresariado. Además, tomó dos decisiones claves: por un lado, negoció –dentro de sus acotados márgenes de acción- una serie de reformas con el régimen saliente para asegurarse una transición pacífica, y por el otro transformó la Concertación por el No en la Concertación por la Democracia para participar en las inminentes elecciones como una coalición bajo un candidato único, Patricio Aylwin (Tironi, 2005).

De esta forma, ganaron las elecciones de 1990 y comenzaron una etapa de dos décadas al frente de La Moneda. El clivaje autoritarismo/democracia siempre latente en Chile fue el que permitió la mantención de esta coalición, ya que tapó las notorias diferencias existentes entre los partidos que la componen en términos sociales o económicos (Huneeus, 2007; Tironi, 1997). Así, partidos como el Demócrata Cristiano y el Socialista, enemigos acérrimos en el período pre-dictatorial, comparten el mismo espacio político frente a la Alianza por Chile, el conglomerado chileno de centro-derecha más afín al régimen pinochetista.

El hecho de pasar por alto otro tipo de discusiones en el panorama político chileno y el enorme consenso generado por un modelo de desarrollo económico iniciado por Pinochet y continuado en los gobiernos de la Concertación produjo un desdibujamiento de los perfiles ideológicos de los partidos (Alcántara Sáez, Luna, 2004). Poco a poco fueron, entonces, perdiéndose las lealtades partidarias mientras florecieron las fidelidades a las coaliciones, que se volvieron estrictamente necesarias debido al alto umbral establecido por el sistema electoral binominal mayoritario imperante en el país. Aunque las diferencias programáticas de los partidos se dejaron de resaltar en las campañas electorales frente a una sociedad que ya no presta atención a tales cuestiones (Huneeus, 2007; Tironi, 1997), el sistema electoral binominal mayoritario presente en las elecciones parlamentarias genera una gran tensión entre los partidos aliados, que en definitiva terminan compitiendo entre sí y no contra los candidatos del conglomerado adversario (Huneeus, 2007). Bachelet intentó en las elecciones superar estas rispideces internas presentándose como una candidata de la ciudadanía y separándose de la gestión Lagos, pero ante los magros resultados de la primera vuelta debió cambiar su estrategia, apoyarse en los partidos de la Concertación y plantear una continuidad política con su antecesor.

En el caso de Uruguay, la poca homogeneidad presente dentro del Frente Amplio tiene que ver con un fraccionalismo partidario presente históricamente en el sistema de partidos uruguayo. El Frente Amplio surgió en 1971 como una coalición nacional y popular de los partidos socialista, comunista e independientes de izquierda, la democracia cristiana y sectores desprendidos de los partidos tradicionales (Lanzaro, 2001). Esta coalición de

partidos devino luego en un partido de coalición y más adelante, a través de una estrategia doble (Antía, 2010), en un *catch all party* que aglutinó a buena parte del electorado uruguayo (Alegre, 2010; Antía, 2010; Alcántara Sáez, Luna, 2004; Lanzaro, 2001).

Esta doble estrategia consistió, por un lado, en el tránsito hacia una moderación ideológica y de competencia hacia el centro del espectro político-ideológico (Lanzaro, 2004) y, por el otro, en la crítica a los partidos tradicionales gobernantes que llevaban a cabo reformas neoliberales. A través de sus enlaces institucionalizados con sus bases sociales, fue el catalizador y articulador de la “coalición del veto” que operó bloqueando y amortiguando estos intentos de reforma neoliberales en la década del noventa (Alcántara Sáez, Luna, 2004). A diferencia del caso chileno, en Uruguay no existió un consenso en torno al modelo de desarrollo y el Frente Amplio creció defendiendo un modelo estatista dentro del clivaje Estado/mercado que articuló la competencia electoral.

Hay que decir, empero, que las distancias ideológicas entre los tres grandes partidos pluriclasistas uruguayos es pequeña, y más aún una vez que el Frente Amplio dejó de desplegar una lógica de oposición para abrazar la lógica de gobierno, a comienzos del Siglo XXI (Lanzaro, 2001). Es que el hecho de que la Concertación haya estado al frente del gobierno desde 1990 y que el Frente Amplio, en cambio, recién asumiera el control ejecutivo uruguayo en 2005 es un aspecto que no debe dejar de subrayarse a la hora de analizar las lógicas de cada uno. Por caso, cuando Tabaré Vázquez asumió el cargo de presidente designó como Ministro de Economía a Danilo Astori, un personaje de la rama moderada del Frente Amplio, como forma de ganarse la confianza de los grupos de poder económico.

■ **Una izquierda renovada y diluida: transformaciones en el Partido Socialista de Chile y el Partido Comunista Uruguayo**

Dentro de las coaliciones reformistas y socialdemócratas de la Concertación y el Frente Amplio es posible identificar la presencia del Partido Socialista de Chile (PS) y el Partido Comunista Uruguayo (PCU), respectivamente. El hecho de que ambos formen parte de dichos conglomerados constituye un elemento llamativo, ya que ambos partidos se encontraban antes de 1973 notoriamente más a la izquierda del espectro ideológico nacional –pese a que no llegaron a ser anti-sistema– que los demás partidos políticos que hoy comparten sus espacios.

Se hace evidente, entonces, que desde la instauración de las dictaduras militares hasta la actualidad tanto el PS como el PCU han sufrido transformaciones importantes que los han llevado a moderarse ideológicamente y adoptar posturas más céntricas que tienen que ver con el juego político de cada uno de estos países.

El PCU, si bien fue uno de los fundadores del Frente Amplio en 1971 y mostró por entonces una activa participación en la lucha electoral, sostenía antes de la dictadura que la vía más

probable hacia la revolución socialista era la lucha armada (De Giorgi, 2010). Su postura política los volvió uno de los blancos favoritos de los militares durante la dictadura, que los reprimió con dureza mientras el Partido mantenía a sus militantes desde la clandestinidad. Con la llegada de la democracia en 1985, el PCU emergente se tornó más democrático, más uruguayo y más frenteamplista (De Giorgi, 2010). Sin renunciar a su histórica devoción inédita mundialmente por su incondicionalidad hacia el PC de la URSS, procuró llegar a ser un “partido habitable” al bajar las exigencias hacia sus militantes para no aislarlos de la sociedad.

Desde entonces, el PCU disfrutó de un período de gloria que lo llevó a ganar un enorme peso dentro del Frente Amplio y de los sindicatos con las elecciones de 1989 como el punto más alto, donde su etiqueta electoral, la Democracia Avanzada, obtuvo el 47% de los votos del Frente Amplio (De Giorgi, 2010). Pero ese mismo año sufrió dos terribles golpes, como fueron la caída del Muro de Berlín y la muerte de su líder, Rodney Arismendi. Pronto comenzaron las disputas internas entre el “ala renovadora” y el “ala histórica” del Partido, que llevaron a una crisis extrema para 1992.

Este derrumbe nunca pudo ser completamente superado por el PCU, que aunque aumentó su poder de negociación en el Frente Amplio en los últimos años, no volvió jamás a tener la capacidad de presión de los 80. Formalmente, el Partido dice pregonar las ideas marxistas-leninistas históricas, pero en la realidad se ha vuelto mucho más pragmático. Existe una tensión en torno al Frente Amplio dentro del PCU que nunca ha podido ser resuelta. Esta tiene que ver con que por un lado los comunistas sienten al gobierno frenteamplista como propio y como un paso hacia la democracia avanzada que los acerca al socialismo, pero por el otro se sienten obligados a vigilarlo para que no se modere en exceso (De Giorgi, 2010). Hoy en día, sin embargo, el Frente Amplio parece ser quien vigila al PCU para que no se radicalice en exceso.

La izquierda chilena sufrió un proceso similar a la uruguayana, con resultados incluso más profundos. El PS, quien había sido uno de los principales sostenes del presidente Salvador Allende y articulador de la Unidad Popular, fue víctima de una tremenda violencia de Estado durante el período pinochetista. La persecución, el exilio y el fracaso de la Unidad Popular llevaron al PS a valorar la democracia. El establecimiento de un modelo de desarrollo que resultó ser exitoso en términos macroeconómicos para el país y la necesidad de articular una alianza para derrotar al régimen terminaron de configurar la visible democratización de la izquierda chilena (Isern Munné, 2005).

La particularidad del caso del PS y de la izquierda chilena en general (con excepción de los comunistas), es que llevaron a cabo una segunda renovación que los transformó en garantes de una reforma económica de mercado a partir de 1990 (Isern Munné, 2005). Esta segunda renovación fue tan o más importante que la primera y cambió la cabeza de muchos políticos socialistas chilenos. El proceso se fue dando a partir de la construcción de ámbitos de consensos en donde se produjeron círculos virtuosos de la moderación de sus actores relevantes. Estos consensos tienen que ver con que la única zona de cambios tras la

dictadura debía estar en el sistema político. Mediante los consensos se realizó una política destinada a seducir a los empresarios, a los militares y a la derecha (Moulián, 1997).

Bajo esta coyuntura se produjo en Chile una marcada desideologización que afectó a todos los partidos y que redujo los márgenes de discrepancia a unas pocas cuestiones que no alteran el desarrollo de un Chile moderno. Esta situación llevó a un analista político chileno como Eugenio Tironi a sostener que en 1999 se cayó el Muro de Berlín en Chile, en tanto no había diferencias sustanciales desde el punto de vista social, de valor y de cuestiones económicas entre los electores de Joaquín Lavín (candidato de derecha) y de Ricardo Lagos (Tironi, 2005).

■ Conclusión

Dentro del amplio abanico de izquierdas latinoamericanas del Siglo XXI, aparecieron dos países que llevaron adelante un estilo de gobierno de corte reformista o socialdemócrata, como son Chile y Uruguay. Su llegada al poder no tuvo que ver con una crisis en el sistema de partidos, sino con un largo proceso de integración en el que se mostraron como alternativas de gobierno en un juego democrático sumamente institucionalizado.

Para ello, tanto la Concertación como el Frente Amplio tuvieron que llevar a cabo una moderación programática que les permitiera imponerse en contiendas electorales regidas por una fuerte lógica de competencia centrípeta. Los clivajes que actuaron como principales divisores de aguas dentro de sus sistemas políticos fueron los del autoritarismo y democracia en el caso chileno, y el del Estado y el mercado en Uruguay. En ninguno de estos dos países se dieron grandes diferencias ideológicas entre los partidos, sino que más bien hubo una condensación en torno al centro del espectro que achicó los márgenes de acción de los nuevos gobiernos de izquierda generados tanto por presiones exógenas como endógenas a sus propios partidos.

El acatamiento hacia las reglas de juego de la economía capitalista fue total en ambos casos, con una renovada preocupación por corregir los defectos que este sistema podía llegar a generar, sobre todo en el aspecto social. En Chile, en efecto, existe un fuerte consenso sobre el rumbo económico a seguir, un rumbo que fue marcado desde la dictadura pinochetista y que desde la Concertación no sólo lo sostuvieron, sino que también en muchos casos lo profundizaron. Los partidos fueron perdiendo poder ante la persistencia de las coaliciones, sostenidas casi obligadamente ante las exigencias del sistema binominal mayoritario, que generaron fidelidades y se repartieron a los electores casi en partes iguales. Las ideas transformadoras quedaron excluidas del juego político y creció el abstencionismo y la apatía de la sociedad hasta el punto de ser hoy en día la gran amenaza del Chile moderno, que podría llegar a vaciarse por dentro.

En Uruguay, la aparición del Frente Amplio obligó a los partidos tradicionales y al sistema político a readaptarse y la competencia electoral, a partir de la Reforma de 1996, quedó nucleada en dos familias ideológicas cercanas entre sí representadas por el Frente Amplio, en un caso, y los Partidos Nacional y Colorado, en el otro. El hecho de ser un país más volcado históricamente a la centro-izquierda le da al Frente Amplio una ventaja relativa que sin embargo no lo exime de la obligación de mantener negociaciones con las fuerzas opositoras y dentro de su mismo partido, además de generar legitimidad en una sociedad uruguaya que se ha mostrado siempre muy participativa en términos políticos.

■ Reflexiones finales

El triunfo de Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales chilenas de fines del 2009 marcó el fin de un período de 20 años de gobierno ininterrumpido de la Concertación. Con el advenimiento de un gobierno que sale del seno de la coalición de centro-derecha hasta entonces opositora y las explícitas divisiones dentro de la Concertación, cabe preguntarse en qué medida hoy, a 20 años de la llegada de la democracia, sigue siendo el clivaje autoritarismo/democracia el que articula el armado político.

Pese a que el clivaje Estado/mercado perdió centralidad luego de la dictadura pinochetista, este nunca dejó de estar presente, y la sociedad – mayormente de centro-derecha- parece haberse inclinado por un candidato más afín en esos términos.

Ya sin las obligaciones y responsabilidades que trae aparejada la función gobernante, surgen algunas preguntas en torno a la Concertación. ¿Podrá emerger desde el seno de la misma una alternativa de izquierda que desafíe los consensos instaurados y movilice a los ciudadanos hasta hoy apáticos? ¿Cuáles son sus verdaderas chances de hacerse con el poder y, en ese caso, mantener su programa ideológico?

■ Bibliografía

- ALCÁNTARA SÁEZ Manuel, LUNA Juan Pablo, “Ideología y competencia partidaria en dos post-transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada”, en *Revista de Ciencia Política*, volumen XXIV, n° 1, 2004
- ALEGRE Pablo, “Los ‘giros’ a la izquierda en el Cono Sur: gobiernos progresistas y alternativas de desarrollo en perspectiva comparada”, en *Las izquierdas latinoamericanas. De la oposición al gobierno*, Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2010
- ANTÍA Florencia, “Políticas sociales y desarrollo: los desafíos para las izquierdas de Chile y Uruguay”, en *Las izquierdas latinoamericanas. De la oposición al gobierno*, Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2010
- CANZANI Agustín, “Un país suavemente ondulado. Resultados y desafíos de las elecciones uruguayas de 2009”, en *Nueva Sociedad* N° 225, Buenos Aires, enero-febrero de 2010.
- DE GIORGI Ana Laura, GARCÉ Adolfo, LANZA Federico, “Ideología y adaptación partidaria: el Partido Comunista de Uruguay y el colapso del campo socialista (1985-2009)
- GARCIA Marco Aurélio, “Nuevos gobiernos en América del Sur. Del destino a la construcción de un futuro”, en *Nueva Sociedad* N° 217, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2008.
- HUNEEUS Carlos, “Elecciones y partidos en el multipartidismo con política de coaliciones. Las elecciones presidenciales y parlamentarias de 2005 en Chile”, en Isidoro Cheresky (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires: Manantial, 2007.
- ISERN MUNNÉ Pedro, “Democracia, Estado de derecho, consensos y economía de mercado en Chile: 1990-2005”, en SALVIA Gabriel Constancio, ISERN MUNNÉ Pedro (comp.), *La experiencia chilena: consensos para el desarrollo*, 1a ed., Buenos Aires : Fund. Cedral, 2005.
- LANZARO Jorge, “El Frente Amplio: un partido de coalición, entre la lógica de oposición y la lógica de gobierno”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Montevideo: ICP, diciembre de 2001
- LANZARO Jorge, “Uruguay: alternativas de un presidencialismo pluralista”, en LANZARO Jorge (comp.), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- MIERES Pablo, “La reforma constitucional de 1996 en Uruguay y sus posibles efectos sobre los partidos y el sistema de partidos”, en *Working Papers* n° 158, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1999
- MOULIAN Tomás, “El páramo del ciudadano”, en *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago: Arcis - LOM, 1997.

PARAMIO Ludolfo, “Giro a la izquierda y retorno del populismo”, en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2006.

RAMIREZ GALLEGOS Franklin, “Mucho más que dos izquierdas”, en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2006.

RUIZ VALERIO José, “Reformas estructurales y coaliciones presidenciales: el caso de Uruguay”, en IX Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Madrid, 2 al 5 de noviembre de 2004.

TIRONI Eugenio, “La Concertación: ese extraño y resistente animal”, en SALVIA Gabriel Constancio, ISERN MUNNÉ Pedro (comp.), *La experiencia chilena: consensos para el desarrollo*, 1a ed., Buenos Aires : Fund. Cadal, 2005.

TIRONI Eugenio, *El régimen autoritario*, Santiago: Dolmen, 1997.